

*lilia osorio*

**ser,  
tradición,  
escritura**

Bajo el rubro general de *Ochenta años de literatura femenina*, el tema inicial propuesto en este Congreso con el nombre de *Existencia o inexistencia de una literatura específicamente femenina* tiene un título que no sólo condiciona el desarrollo de todo el evento, hecho confirmado por los demás temas como Sexo y escritura, sexismo en la literatura infantil, etc., sino que también indica que es válido hablar de especificidades.

La idea es, a priori, equívoca y parte de un equívoco que resulta en una especie de autodiscriminación y de sexismo, muy explicables dadas las circunstancias y el consenso general que contribuya, por uno y otro lado, a entender la literatura como un campo no compartido y sólo accesible a los hombres. El planteamiento es válido en los terrenos de la sociología o del derecho, pero no en el de la literatura, ya que ésta tiene vías totalmente distintas de otras disciplinas. Aunque la mujer ha transformado su situación en forma paulatina desde hace ochenta años en todos los planos y de hecho se ha incorporado a todos los campos de la sociedad en la cual vive, a veces con enormes dificultades y desventajas todavía, este cambio no implica alteración alguna en lo referente al arte en sentido puro.

Si partimos de la idea de Coleridge, que postula que toda gran inteligencia es andrógina, podemos situarnos mejor dentro de nuestra perspectiva. Desafortunadamente, no todos los hombres ni todas las mujeres poseen una gran inteligencia; ésta es rara y excepcional en la humanidad, pero se ha dado, lo mismo que el arte, en ambos sexos desde tiempos inmemoriales. ¿Cómo, si no fuera así, se explicaría la aparición

de ciertas escritoras que quedarían fuera de estos ochenta años de literatura femenina? ¿Dónde colocaríamos entonces a Safo, Madame de Lafayette, Murasaki Shikibu, Madame de Staël, Santa Teresa, Charlotte y Emily Brontë, Jane Austen o Sor Juana? La cuestión de los sexos no se ha planteado en la ciencia o en la filosofía, incluso en la pintura, de otra manera tendríamos que preguntarnos si el descubrimiento hecho por Madame Curie pertenece a la ciencia específicamente femenina o si las obras de Isabel Vigée-Le Brun, Suzanne Valadon, Leonora Carrington, Remedios Varo o Tamara de Lempicka son pintura específicamente femenina. Resulta ridículo plantearlo, pero de hecho es en lo que se está insistiendo dentro del campo literario, volviendo a tomar lo "masculino" y lo "femenino" como dos fuerzas antagónicas y no complementarias, por lo cual es necesario deslindar los terrenos sin caer en utopías: en efecto, son complementarias, en efecto, se ha planteado una lucha. Pero ésta cae bajo la jurisdicción del poder y del ejercicio del derecho; ya sea que se pida la igualdad o la superioridad, el problema se centra, con toda legitimidad, en el cambio de las estructuras sociales, pero no ha alterado las estructuras mentales. Si fuera así, habríamos avanzado el doble y cabría esperar que las mujeres se hubieran asumido y asimilado al cambio, tendrían conciencia de su ser en sí y de su ser para sí. A partir de entonces podríamos hablar de soluciones.

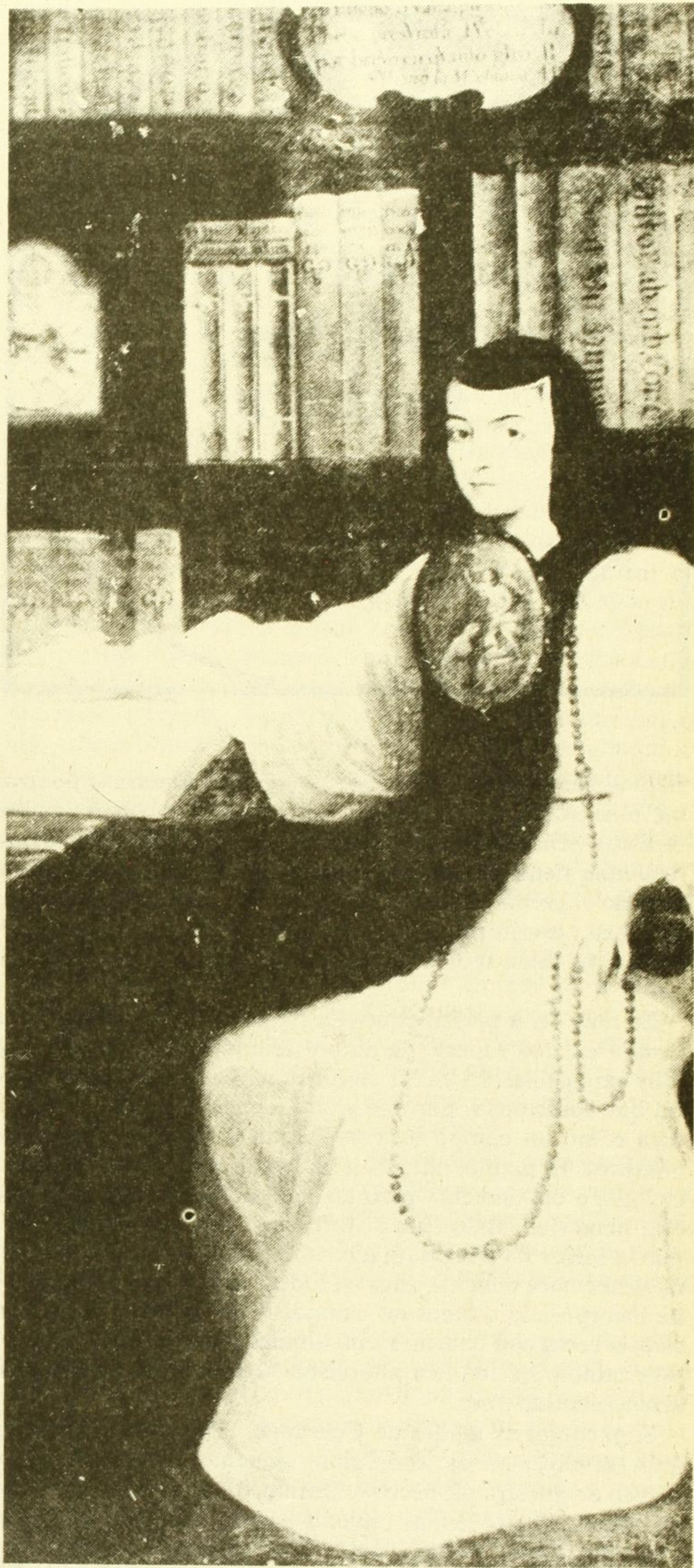
Ya Simone de Beauvoir afirmaba que de los griegos a nuestros días —ella habla de 1949 pero lo podemos extender hasta hoy— la condición de la mujer sigue siendo la misma, a través de cambios superficiales y esta condición es la que define el "carácter" de la mujer, lo específicamente femenino, oponiendo el "mundo femenino" al "universo masculino"; pero las mujeres no son una sociedad autónoma y cerrada como se pretende, sino que se inscriben en una colectividad gobernada por hombres, aceptándola a veces inconscientemente, donde siguen ocupando un lugar subordinado dentro de las estructuras del poder sin haber alterado las estructuras mentales. Se trata de afirmar un "contra universo" en el seno del universo masculino, como si se tratara de oponer la materia y la antimateria, cuyo resultado único es la destrucción. De ahí que la situación sea paradójica ¿no seremos capaces de intentar otros caminos? El hecho histórico ha sido el predominio de un sólo sexo, lo cual no quiere decir que sea absoluto; el cambio es posible, pero no simplemente volteando al revés las estructuras sino transformándolas, sin pretender llegar a lo mismo que se combate, el antiquísimo "yo arriba y tú abajo" que concierne a la humanidad en pleno, trátense de razas, países, clases sociales, sexo, todo es lo mismo. La vía es ser y dejar ser.

La literatura se encuentra en la misma encrucijada porque la seguimos inscribiendo en un marco masculino, y se olvida que éste ha sido regido y dominado por hombres, por ello Virginia Woolf dice: "escribe como las mujeres escriben, no como los hombres", es decir, escribe como eres, no como los

otros, lo cual es válido también para los escritores. Escribir como una mujer no significa en este contexto ser dulce, sentimental, apasionada o timorata, tampoco denunciar la explotación o quejarse; es escribir como una mujer (o como un hombre) que ha olvidado que lo es, de modo que sus páginas adquieren esa calidad sexual que sólo puede darse cuando el sexo no es consciente de sí mismo. Este sería el vórtice del problema, por que vivimos en una época en la que se tiene demasiada conciencia del sexo y esa conciencia se lleva a la literatura.

En primer término, la literatura es arte, y como tal, asexuada. Es producto de una gran inteligencia que, ya lo hemos dicho, es andrógina, entendiendo el término como el ser abierta, que transmite sin dificultad la emoción que es naturalmente creada, indivisa e incandescente. Sólo así se explica lo que dice Georges Bataille de Emily Brontë: "tuvo una experiencia profusa del abismo del Mal" y la tuvo porque no pensaba en el Mal específicamente femenino, tampoco pensaba en la moral tradicional —aunque fue educada en ella—, sino porque trascendió lo particular para llegar a lo universal por medio de la literatura.

Si la posición de la mujer ha cambiado en estos ochenta años no se debe tan sólo a que ha luchado por ello, sino también porque han intervenido factores externos que le dieron una coyuntura que supo aprovechar. Sin embargo, los cambios no se dieron a profundidad, se refirieron más bien al campo político, económico y social, y se dieron así precisamente porque el universo masculino aprovechó también la coyuntura, cuando se dio cuenta de que la mujer podía ser útil como fuerza de trabajo, que podría sustituir en todos los campos al esclavo, al obrero o al campesino, quienes recobraron su derecho a existir y a contar dentro del mundo privilegiado. La mujer ingresó a ese mundo no como estadista sino como miembro de las filas más oscuras de la sociedad, y con la doble limitación de condición y de sexo, inició su lucha, en este caso esencialmente práctica, e ingresó así y entonces porque era capaz de producir algo útil, tangible, llámese latas, llantas, focos o vestidos fabricados en serie en forma asaz barata y adecuada para una sociedad que estaba en los inicios de la industrialización. Pero si en consecuencia se pide legalmente la igualdad, en el arte no tenemos que proponerla, sino ser iguales, porque no se trata de promover una conciencia social ni sexual. Se cae siempre en la tentación de comparar, diferenciar, superar, sin tratar de comprender que si dos cosas son distintas no por ello una es necesariamente inferior ¿es mejor la música que la literatura? Son diferentes, son válidas ambas, la preferencia sería subjetiva, lo cual no implica un juicio de valor estético. La diferencia o el demérito aparentes se han dado solamente cuando se declara a alguna nociva para el Estado o inferior por el mensaje, pero son circunstanciales. Cuando la mujer entra en los terrenos del arte, especialmente la literatura, se encuentra con una doble negación: se niega a sí misma, plegándose a veces y en forma inconsciente, a las circunstancias externas porque los cambios no han venido de dentro. Además encuentra que la literatu-



Sor Juana Inés de la Cruz

ra, por sí misma, es también un campo masculino, por tanto efectúa una doble transgresión. Si quiere ser artista con todas las prerrogativas está equivocada, tiene que modificar su actitud y serlo a pesar de y a costa de, aunque haya obtenido beneficios materiales.

En general, dice Virginia Woolf, la mujer nunca consigue la expresión total de su genio por las condiciones sociales y materiales de vida y por otra parte la mujer no es, se cuestiona, se siente mal porque va contra las reglas establecidas; pero el escritor que no rompe con todo y se enfrenta al mundo tampoco es un buen escritor, aun éste, con la seguridad que le da pensar que dentro de las estructuras su sexo es superior y próspero, de que tiene una tradición, lo logra raras veces. La mujer, que vive en la incertidumbre y en la falta de tradición —aunque la situación haya cambiado— agota su fuerza creativa cuando, después de haber trabajado todo el día tiene que enfrentarse a lo que ha sido su tradición obligada: hogar, hijos y todo lo que ello implica, a menos de que los haga a un lado premeditadamente a riesgo de ser víctima de la inseguridad y de la angustia, como en el caso de Silvia Plath. Si posee la mente del creador debe asumirse como tal y colocarse fuera de toda esa problemática para lograr el prodigioso esfuerzo de producir íntegra la obra que está en ella. Y la mujer que además de las circunstancias está en guerra con su destino tenderá a escribir sobre ella misma en lugar de escribir sobre sus personajes; en lugar de hacer literatura escribirá sobre problemas personales y en el arte eso es fatal, independientemente del sexo “es fatal que una mujer acentúe una queja... es fatal que defienda cualquier causa, hasta con razón, o que hable deliberadamente como mujer. Todo lo escrito con un prejuicio deliberado está condenado a muerte,” dice Virginia Woolf. La literatura es un estado de excepción y al escogerla se escoge un medio de comunicarse, un medio de solidarizarse; pero ya se ha visto en qué excesos cayeron los románticos al exagerar lo primero, sabemos a cuáles conduce el segundo: la política, la lucha social, la moral en la literatura se quedan sólo en eso, en política, lucha o moral, y la mujer que sólo exprese su sexo lo reflejará en la escritura, otra cosa que la cosa misma, será específicamente femenina. Y siendo específicamente algo, sin tener las cualidades de la inteligencia, sin la participación de la imaginación y del sueño, sin contar con una de las características de las mentes del todo desarrolladas: que no piensan especial o separadamente en el sexo, se verán trascendidas por lo específico y no podrán hacer nunca literatura. Tampoco se debe seguir cayendo en la ilusión romántica de que el conocimiento no es necesario, que la inspiración viene de alguna instancia mítica para apoderarse del escritor, mero receptáculo de la idea poética: las grandes escritoras lo fueron a pesar de circunstancias adversas, pero en general han tenido una cierta educación. No quiere decir que sea una regla, pero sí un fenómeno notorio, lo cual significa que la educación, lo mismo que para el hombre, es esencial para la mujer. Prueba es que las condiciones anteriores a este siglo no permitieron su desarrollo en los campos que necesitaban mayor

práctica, como la medicina y la ingeniería, pero no impidieron que Jane Austen fuera una gran escritora, porque aquél que tiene la necesidad, el talento o el genio no es pasivo, estudia, aprende, transforma a pesar de todo. La mujer se encontró en desventaja cuando carecía de educación y de las condiciones materiales necesarias para desarrollar cierto tipo de actividades que necesitan una herramienta especial; no es fácil hoy, no lo fue a principios de siglo tener un laboratorio; alquilar un estudio o pagar modelos resultaba no sólo impensable sino inmoral; componer música, aunque se tenga el talento, implica poseer un piano; en cambio, algunas cuartillas, un lápiz, una enorme vocación y fundamentalmente talento fueron suficientes para las mujeres, pero estamos conscientes también de que les faltaba y nos falta una tradición: ha habido escritoras, pero nos sigue pareciendo extraño que se hayan dedicado a su vocación y, en muchos casos, nosotras mismas las subestimamos. Debemos darnos, además de una tradición, la libertad y la plenitud de expresión que son la esencia del arte, no para expresar únicamente el sexo sino sobre todo la capacidad creadora. Hemos visto en nuestro siglo, con el acceso a la universidad, que la mujer ya no tiene que soñar como Sor Juana en cambiar de sexo: se es Simone Weil, se es Clarice Lispector.

El doble filo de la “literatura femenina” está en sus dos connotaciones: si se habla de literatura escrita por mujeres es evidente; si traduce solamente un “mundo” femenino en lucha con el masculino sin trascender limitaciones no es válida: se hace o no se hace literatura, se expresa o no el arte. El hombre consigue en sus relaciones con el sexo opuesto algo que el suyo es incapaz de suministrar: una renovación del poder creador que sólo el otro sexo es capaz de otorgar; lo cual es necesario también para la mujer, cuya facultad creadora también está altamente desarrollada. Tendríamos entonces que enfrentarnos con otra problemática, fuera del sexo, que es la del artista como creador, la soledad en la que se encuentra, entendida como recogimiento que descubre una soledad más esencial. Excluye el aislamiento complaciente del titán romántico, el individualismo, el sexismo. Lo que la obra de arte dice es exclusivamente lo que ella es y nada más. Aparte de esto no es nada y darle implicaciones de lucha de sexos la invalida. Maurice Blanchot dice que escribir es lo interminable, lo incesante, por ello se llega a la soledad; el problema de la mujer sería éste, llegar a la soledad. Cuando en una obra de arte admiramos el tono, sensibles a él como lo más auténtico, no designamos el estilo ni el interés y la calidad del lenguaje, sino precisamente el silencio, la fuerza por la cual aquél o aquella que escribe, habiéndose privado de sí, habiendo renunciado a sí, ha conservado la autoridad de su poder, la decisión de callarse para que ese silencio tome forma coherente e íntente aquello que habla sin principio ni fin. El tono no es la voz del escritor sino la intimidad del silencio que impone a la palabra; el grito, que trata de suplantar ese silencio, se pierde en el vocerío incesante que, al final, es sólo ruido